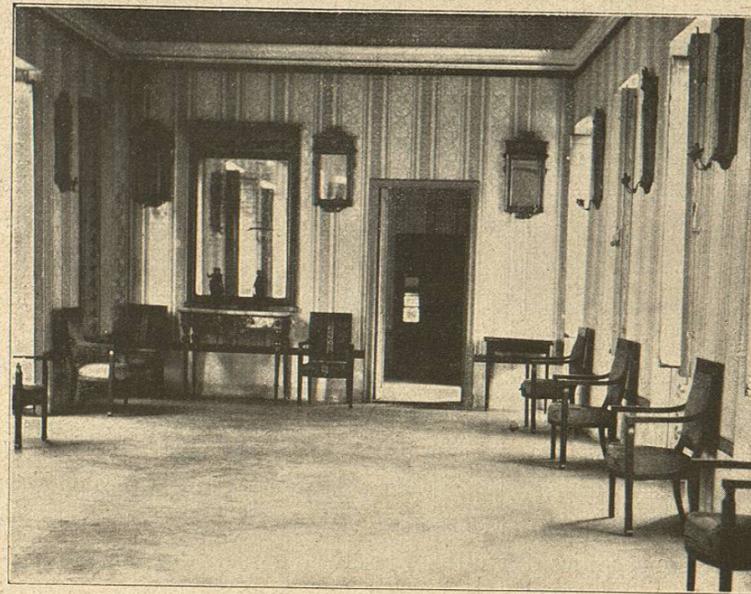


los Jesuitas como encomendado, llevándose de casa la comida, y muy á menudo cambiaba el pan blanco por el de munición de los soldados, diciendo que le era preciso irse acostumbrando, pues estaba destinado á ser militar. Esta anécdota merece entero crédito, ya que la misma Leticia la contaba con frecuencia.



Sala principal de la casa de Napoleón, en Ajaccio. (Estado actual, que se conserva cuidadosamente, con su ajuar, tal como se hallaba al dejar de habitarla la familia Bonaparte.)

También mostró sobresaliente disposición para las matemáticas en el colegio de los Jesuitas, y á tal punto llegó su embebecimiento en el estudio que fué preciso hacerle una especie de biombo en donde se encerraba para resolver los problemas, saliendo después á pasearse silencioso y meditabundo. Sus condiscipulos creían que estaba enamorado de una linda muchacha llamada Jacobita, con quien conversaba á menudo, y sobre el caso compusieron una copla que decía :

Napoleone di mezza calzetta
Fa l'amore á Giacomietta (1).

Esto enojaba al impúber estudiante.

(1) Napoleón, con la media caída, — requiere de amores á Jacobita.

También se refiere otra anécdota muy curiosa. Un día se detuvo en el molino de la familia y le preguntó al encargado cuánto trigo molía en una hora. Se lo dijo éste, y entonces Napoleón respondió que al día debía moler tanto y al mes tanto más. Los cálculos eran exactos y por la noche el molinero contó á Leticia lo sucedido, profetizando que de vivir aquel niño, llegaría á ser un grande hombre.

Carlos Bonaparte deseaba que su hijo José siguiese la carrera eclesiástica, para la que parecía predisponerle la placidez de su carácter, y que Napoleón fuese militar, pues suponía con razón que era la más adecuada á su carácter impetuoso, expresivo y ardiente, á su afición al estudio, y sobre todo, á sus extraordinarias aptitudes para las matemáticas, con lo que sería singularmente rápida su carrera. No se figuraba Carlos hasta qué punto había de acertar en su previsión.

El conde de Marbœuf, gobernador general de Córcega, se aplicó gustoso á favorecer la realización de los deseos de Carlos Bonaparte, pues según dijimos, tenia por táctica la concesión de pensiones en los establecimientos oficiales para atraer á la causa francesa á las familias influyentes de Córcega, y como en este caso se trataba de un hombre que había sido de los primeros en adherirse á Francia y captarse la amistad del conde, no tardó éste en concertarse con Carlos sobre el porvenir de sus hijos. Por último, resolvieron que, puesto no era posible por entonces colocarlos en establecimientos oficiales á causa de su flojedad en el idioma francés, entrarían los dos jóvenes en el colegio de Autún, antes dirigido por jesuítas y á la sazón por sacerdotes seculares, con objeto de perfeccionarse en aquella lengua. Fácilmente obtuvo Marbœuf la admisión, y el 15 de Noviembre de 1778 se embarcó Carlos Bonaparte con rumbo á Francia en compañía de sus hijos José y Napoleón, de su cuñado Fesch (después arzobispo de Lyon y primado de las Galias), que iba á proseguir en Aix los estudios de teología, y de su primo Varese, que se restituía al vicariato episcopal obtenido por influencia de Marbœuf. Primeramente fué Carlos á París para cumplir el encargo de ofrecer al rey de Francia los respetos de la nobleza corsa, y después de permanecer algunos días en la corte, tomó la vuelta de Autún, en cuyo colegio ingresaron oficialmente los dos niños el 1.º de Enero de 1779.

Pronto se delataron en el colegio las diferencias características de

los dos hermanos. José captóse desde luego el cariño de los profesores por su docilidad, obediencia y amabilidad. Napoleón les puso en recelo por su carácter sombrío y taciturno. Gustaba de la soledad, paseándose pensativo y silencioso, y se encolerizaba terriblemente cuando sus compañeros porfiaban en distraerle de aquella actitud. Sin embargo, era muy laborioso, y sobre todo, más despierto y de agudo entendimiento para comprender fácilmente las lecciones del profesor, y á los tres meses de permanencia en el colegio ya sabía el francés, que nunca pudo hablar con soltura en Córcega. Escuchaba atentamente las lecciones, pero cuando el maestro las recapitulaba sumariamente, distraía la atención, y si se le reprendía por ello, replicaba impacientemente que ya sabía cuanto el profesor estaba repitiendo.

El director del colegio calificó de singularmente extraño el carácter de Napoleón, señalando la ambición como rasgo culminante. A este propósito, decía el abate Chandois: «Es y será muy ambicioso, y la ambición le llevará al fracaso ó le elevará á altísimas posiciones.» El abate Chandois quería en extremo á José, quien tuvo siempre en buen recuerdo á su maestro, y cuando fué rey de España le nombró limosnero de palacio con el sueldo anual de 4.000 libras francesas.

